

LAS PIEDRAS DE TUNJA
Escuela de Restauración Colcultura
Reflexiones sobre un trabajo de investigación adelantado por los alumnos
en la Cátedra de Metodología de la Investigación

Germán Mariño Solano.
Diciembre 3 de 1987.



Las Piedras de Tunja por [German Mariño](#) se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Atribución- No Comercial-Licenciamiento Recíproco 3.0 Unported](#).

En este país del Sagrado Corazón, al igual que cuando tomamos "onces" no lo hacemos a las once de la mañana sino a las cuatro de la tarde, las Piedras de Tunja no quedan en Tunja sino en Facatativa. Unos dicen que deberían llamarse del "Tunjo", nombre de pequeñas figuras de oro que se encontraron en gran cantidad tanto en Tunja como en Facatativa; otros, que allí acamparon tropas españolas que iban para Tunja y como si faltara hipótesis, complementando las eruditas elucubraciones de los historiadores, vecinos del lugar, sostienen que al mismo diablo, el cual llevaba las piedras desde Tunja hacia el Ecuador, se le cayeron porque eran demasiado pesadas.

Son piedras gigantescas, que como esculturas de arte ecológico labra decenas de sugestivas siluetas contra el cielo. Monumentos, que contrastados con el pasto y los árboles alcanzan a crear un ambiente con toques de fastuosidad ceremonial, que por momentos hacen olvidar las características del contexto, las cuales se encargan de recordarnos (con sus marranos y sus perros), uno que otro tugurio escondido y soportado por las piedras que bordean el parque.

Las piedras, para las que nuevamente la fantasía popular plantea que "las pusieron chiquitas y poco a poco fueron creciendo", son en realidad el resultado de miles de años de sedimentación en el seno de ese gran lago que alguna vez fue la Sabana de Bogotá. Corrientes subterráneas y oleaje fueron puliendo las rocas y configurando las mesetas que actualmente observamos, generando un espacio tan "deliberado", que de no tener a mano las explicaciones geológica, estaríamos tentados a pensar que fueron diseñadas por dioses y hasta por extraterrestres. Y sobre esas piedras aparecen centenares de dibujos (pictogramas), realizados hace

siglos por los "pintores" indígenas.

Son rojos, como la sangre. Si nos atenemos a la hipótesis de que el parque fue un templo ceremonial y los pictogramas un registro nemotécnico de las fórmulas para officiar las "misas" y recordamos que entre los Muisca existían los sacrificios humanos, no suena descabellado pensar que evidentemente estos "rojos" pudieron haber sido dibujados con sangre. Pero no, los análisis químicos nos hablan de óxidos de hierro extractados de tierras; por eso, a pesar de estar a la intemperie han perdurado tanto y alcanzan a penetrar en la roca varios centímetros.

Los pictogramas, en algunos de los cuales se logran "reconocer" figuras de la fauna y flora del medio (ranas estilizadas, serpientes, hojas, etc...), no han podido hasta la fecha ser descifrados: Que fueron escritos por Bochica para que su pueblo no olvidara los diseños de los tejidos; que son "mapas" para consignar los saberes geográficos o al igual que las señales de las carreteras actuales, indicadores para los viajeros y emigrantes; que allí se alcanza a plantear un alfabeto que espera el descubrimiento de una nueva "Piedra Roseta" para poder ser leído; son hipótesis, que sumadas a la del templo centro ceremonial, siguen aportando nuevos interrogantes. Pero independientemente de su significado, significan. Testimonian la existencia de un pueblo y su desarrollo cultural.

Ciertamente la identidad nacional no es solo algo del pasado; se nutre de los muertos pero también de los que están vivos. Sin embargo, al igual que una persona sin apellidos, no tiene nada, pues no posee historia ni herencia cultural, un pueblo que no tiene memoria es un pueblo sin raíces. Y la identidad no puede construirse en el aire. Solo afianzada en lo que hemos sido se puede mantener erguida y crecer. Solo recuperando los vestigios de nuestros antepasados, podemos ir construyendo nuestra verdadera personalidad.

Las Piedras de Tunja: uno de esos testimonios del pasado que bien pueden ayudarnos a encontrar nuestros apellidos, están ubicados en el parque arqueológico que lleva su nombre y desde hace unos años son administradas por la CAR; poco antes lo hacia el municipio después de que los terrenos fueron "cedidos" por el "propietario" de la finca.

Actualmente comparten su habitad con un lago artificial construido para los "turistas", con un campamento del ejército el cual obtuvo, quién sabe cómo, una parte considerable de su área y con los restos de una vieja pista de baile (trazado en cemento justamente en el centro de su centro) que algunos años atrás (como lo hace el lago), era la encargada de "atraer" a la gente ante la paradójica incapacidad de lograrlo por sí sola,

con sus impactantes moles de piedra y sus mágicos mensajes cifrados.

Las Piedras sirven para todo: los niños juegan a las escondidas entre las cuevas que como catacumbas prehispánicas desafían sus miedos a la oscuridad y el eco; los enamorados se esparcen sobre sus paisajes y a punta de besos perecieron querer convertir parque en un nuevo templo al amor; los karateca y los Boy Scouts practican sus rituales; los corredores las recorren sin miraras; las familias se resguardan del viento debajo de sus salientes para hacer los piquetes domingueros; y como si todo el conjunto anterior no fuera suficiente para generar una heterogénea sinfonía, aparece el lago, donde centenares de personas intentan aprender a remar consiguiendo apenas pegarse una empapada, cuando no terminan bañándose al voltearse las lanchas.

Con tan multifacéticas funciones, el Parque Arqueológico es cada vez más reducido simplemente a un parque. Con el agravante de que los pictogramas dibujados sobre las Piedras se deterioran aceleradamente.

Las causas de tales deterioros son variadas. Unas son producidas por la naturaleza: el viento y la lluvia, los hongos y líquenes, las sales que forman una película blanquecina dificultando la lectura, los ácidos que manchan la superficie, las golondrinas que con sus excrementos ensucian persistentemente algunos pictogramas... Otras son producidas por el hombre: las más graves son las inscripciones.

El Parque se encuentra atestado de inscripciones: desde un corazón con los nombres de Pedro y María, pasando por Familia González/Agosto del 85, Grupo CAFAM/Enero 78, Batallón Barralla/Marzo 82, hasta Testigos de Jehová/Julio 84, inmensos retratos de presidentes de la República, una que otra silueta del "Che", y alguna calcomanía con propaganda del sombreros o restaurantes.

Las inscripciones están por todas partes: en las casetas que bordean el lago, en las pencas, en los árboles, en las puertas de los baños, sobre las escuálidas y destartaladas cercas de madera que protegen varias piedras con pictogramas, en las piedras, alrededor de los pictogramas y en no pocas veces, hasta sobre los pictogramas mismos.

Ciertamente inscripciones encontramos en todos los sitios y lugares de paseo o peregrinación. Los hay en el Parque de los Novios y en la Iglesia de Monserrate; en Guatavita y en la Lajas pero en las Piedras de Tunja se rompen todos los record.

Es como si subyaciera en el ambiente una invitación a repetir los actos de

los calígrafos primitivos. La gente las hace con lo que puede: un lápiz, una tiza. La mayoría de estas no tocan los pictogramas y la lluvia, el tiempo y las esporádicas limpiezas se encargan de borrarlas.

Pero también hay quienes las hacen con navaja, con marcadores de tinta indeleble, con lajas de piedra, con vidrios, con pintura, con cuchillos.

Y lo peor es que casi todos estos rasgos directamente los pictogramas, degradándolos con un sadismo quizás comparable al dicho de "porque te quiero te aporrio", pues precisamente por la certeza de la trascendencia de sus actos los vándalos se las arreglan para sobreponer sus huellas de tan brutal forma que desfiguran los mensajes indignas.

Pero hablar de vandalismo o de pueblo ignorante para referirse a todos aquellos que realizan inscripciones, es por lo menos simplista. Ciertamente, como lo señalábamos en el párrafo anterior, existe vandalismo y debía a nuestro parecer, ser severa y legalmente sancionada. Sin embargo, la mayoría de los "seudo graffiteros" están muy lejos de poseer intenciones destructivas. Quizás sus autores sienten el cautivante deseo de permanecer en la memoria de otras generaciones como lo han hecho hasta ahora los pictogramas, derivándose de ser cierto, la poca ortodoxa conclusión de que son precisamente aquellos que realizan las inscripciones, los que se encuentran mas cerca de descodificarlos; o quizás desean romper el anonimato en que los sumerge la sociedad masificada, o por qué no, enfrentarse a ella transgrediendo por unos segundos las normas existentes.

Del anterior intento por comprender las motivaciones de los "pintores de mensajes hoy", no se pueden concluir que nos congraciamos con ellos. De ninguna manera. Ni con los realmente vándalos, ni con los "ingenuos" porque estos últimos, terminan "sin querer queriendo" trabajando para fines periclitados.

Pero entonces ¿qué hacer? La respuesta es compleja y no pretendemos poseerla. Debería incluir variados frentes y planes a corto y largo plazo. Tendrían que estar presentes desde instituciones como la CAR, el Instituto Colombiano de Antropología, la Corporación Nacional de Turismo, el Centro y la Escuela de Conservación y restauración de COLCULTURA y obviamente el concejo de Facatativá hasta entes como el Banco de la República, y el Ministerio de Educación.

Aunando esfuerzos técnicos y financieros se podrían implementar trabajos como la conservación y restauración de piedras y pictogramas, la elaboración de vallas con dibujos y textos explicativos frente a cada uno

de ellos. Igualmente se podría hacer videos, audiovisuales y folletos para los visitantes y para la divulgación a través de los medios de comunicación; capacitación cultural a la decenas de bachilleres de los Colegios de Facatativá que bien podrían colaborar (en su servicio social obligatorio), con la conservación y vigilancia y hacerse cargo de visitas guiadas para turistas y colegios; hasta un bus de la cultura para zonas arqueológicas.

En fin, habría que pensar también en recuperar el área apropiada por el ejército y diseñar estrategias para que el lago y los piquetes, sean un complemento "sano" del parque arqueológico y no uno de sus principales problemas.

Los indígenas de esta zona al preguntarles los españoles quiénes eran, contestaron Muixas, que significa: somos gente. Pero los prepotentes conquistadores que no se esforzaban por comprender la lengua comenzaron a llamarlos "moscas". Los llamaron moscas y como a moscas aplastaron gran parte de su cultura. Nos toca a los hombres de hoy probar que los pictogramas de la Piedras de Tunja, no fueron hechas por "moscas" sino por "gente".